

¡Oh! queréis vuele libre el pensamiento,
Y os atrevéis, infames, á gritar:
«¡Represión! ¡Represión!» ¡Si dáis sustento
Á las fieras que os han de devorar!...

Mas ¿cómo reprimir á los malvados?
¿Con qué dique su furia contener?
¿Con el engaño? ¡Están escarmentados!
¿Con el cañón y el máusser? Puede ser.

Mas ¡ay! si un día acaso se pusieran
A su servicio el máusser y el cañón,
¿Quiénes hay, Justo Dios, que reprimieran
Del volcán inflamado la explosión?

¡Solo, Señor, tu mano omnipotente
Que refrena los vientos y la mar!...
Solo tu fe, porque ella solamente
Es quien puede á las fieras amansar.

¡Ay del mundo, Señor, si te rechaza
Y se hace á tus venganzas acreedor!
¡Feliz, si á ti se vuelve y tu fe abraza!
¡Tú, Dios mío, serás su Salvador!



JESUCRISTO

REY DE LAS VICTORIAS



JESUCRISTO

REY DE LAS VICTORIAS

SEÑORES:

YA estáis cansados; no os molestaré con un largo discurso. ¿Para qué? La materia de todos modos es inagotable.

Habéis contemplado á Jesucristo como Rey del espacio, como Rey de las inteligencias, y como Rey de los corazones. Mas ántes de concluir, ocurre preguntar: ¿y cuánto durará este divino Reino?

Si consultáis á los pseudofilósofos del último siglo, ya para estas fechas habría pasado á la historia. ¿Cómo no, si los filósofos se habían declarado enemigos suyos! Novedad extraordinaria, por cierto. ¡Ya se ve! Hasta el siglo XVIII la Iglesia de Dios no había tenido enemigos; ó á lo ménos, sus enemigos no

habían sido personas de importancia. Ellos, los filósofos, eran sin duda los llamados á destruirla. ¿Qué digo los filósofos? Uno solo de ellos bastaba y sobraba para echar por tierra toda la Iglesia universal. ¿Os parece que hablo de burlas? Pues oíd las palabras textuales del mismo Voltaire: «Ya estoy cansado, dice, de oír que han bastado para establecer la Iglesia doce hombres, y tengo ganas de probar que basta uno solo para destruirla.» Insensato! Un solo hombre para destruir la obra más grande de Dios sobre la tierra, aquella á quien la misma verdad infalible ha dicho: Todas las furias del infierno no prevalecerán contra ti!

¿Y quién podría ser este hombre tan poderoso? ¿Por ventura Nerón, encarnación viva de la crueldad sobre la tierra? Nerón murió de muerte desastrosa, y la esposa del Cordero salió incólume de las garras de aquel monstruo coronado. ¿Tal vez los emperadores que le sucedieron en el trono, herederos á un tiempo de su poder y de su odio contra el nombre cristiano? Por espacio de tres siglos intentaron ahogar á la Iglesia en un mar de sangre; pero sobre ese mar flotó incólume, cual otra arca de Noé, la barquilla del pescador, mientras sus enemigos perecían ahogados en la misma sangre inocente por ellos derramada. Entonces, ¿sería Juliano el apóstata, el hombre destinado para aniquilar al cristianismo? Así al ménos lo creyó él en su orgullo; mas bien claro hubo de confesar su impotencia, al arrojar contra el cielo su última blasfemia, envuelta en su propia sangre: «¡Venciste Galileo!»

¡Ah, Señores, todos estos adversarios de la Iglesia, en opinión de Voltaire eran pigmeos! El destructor

del cristianismo tenía que ser un hombre de más talla; por ejemplo, él!... Á él ¿qué le costaba *aplantar al infame?* Cuestión de veinte años. «Dentro de veinte años, escribía en carta á D'Alembert, dentro de veinte años ya estará Dios divertido!» En efecto: esta profecía lleva la fecha de 25 de Febrero de 1758; pues bien, Señores, justamente el 25 de Febrero de 1778, es decir, á los veinte años cabales, y á la hora precisa en que Dios debía quedar divertido... un vomitillo de sangre acometió al filósofo profeta, y... le dejó divertido para siempre. Así se cumplen, Señores, las profecías de los enemigos de Cristo.

En cambio, ved cómo se cumplen las del mismo Cristo. Él ha prometido que su Iglesia será perseguida; y sus mismos enemigos, al perseguirla, hacen que se cumpla la promesa. Él ha predicho también que su Iglesia no perecerá; y todo el empeño de los impíos por hacerla perecer, solo ha servido para propagarla más y más, y robustecerla á pesar suyo. La historia de la Iglesia es la historia de un combate continuo y de un continuo triunfo; combate con enemigos exteriores y con enemigos interiores, combate en el terreno material de la fuerza y en el espiritual de las inteligencias, combate duradero como el tiempo y extenso como el espacio; pero combate coronado siempre con el triunfo, porque Jesucristo así lo ha prometido, y Jesucristo es el Rey de las victorias.

No hace muchos años que un escritor impío, norteamericano por más señas, lanzó á los vientos la estupefaciente novedad de que la Iglesia camina á una crisis

inminente; que ya se ven las nubes bajas... que ya se oyen los rumores de la amenazadora tempestad... Y todo ¿porqué? Porque la Iglesia ¡cosa inaudita, Señores, la Iglesia tiene enemigos en el siglo XIX!

Increíble parece que los impíos no acaben nunca de escarmentar con el ejemplo de sus antecesores. Porque, Señores, prescindo yo ahora de la fe, prescindo de que la Iglesia lleva en su frente el sello de la divinidad, y de que Dios le ha prometido eterna duración; quiero hacer por un momento el papel de racionalista. Pues bien, examinando imparcialmente la historia de la Iglesia, de sus persecuciones de todas clases, y de sus triunfos en todas sus persecuciones á través de diecinueve siglos; por decoro natural, por amor propio, por estima de mi razón, por respeto á la verdad, os diría sin rebozo: Señores, francamente; ó la Iglesia no ha de morir nunca, ó á lo ménos, yo no veo de qué manera pueda morir. ¿Se aterran los pusilánimes de ver levantarse ante León XIII al usurpador Humberto? También se levantó Nerón ante San Pedro, y Diocleciano ante San Marcelino, y Atila ante San León, y Teodorico ante San Juan, y Belisario y Constante II y León el Iconoclasta ante San Silverio y San Martín y San Gregorio, y Miguel el Beodo ante Nicolás II, y Otón I ante Juan XII, y Crescencio ante Gregorio V, y Enrique IV ante Gregorio VII, y ante Alejandro III Federico Barbarroja, y ante Inocencio III Otón de Brúnswick, y Federico II ante Gregorio IX, y Felipe el Hermoso ante Bonifacio VIII, y Luis de Baviera ante Clemente II, y los Colonnas ante Eugenio IV, y Napoleón ante Pío VII,

y Víctor Manuel ante Pío IX... ¿Y qué consiguieron? Estrellarse uno en pos de otro contra la roca del Vaticano, sin hacer vacilar en lo más mínimo sus indestructibles cimientos.

Mas ya que no en el terreno de la fuerza, ¿será de temer en el de la inteligencia, la crisis que nos anuncia el doctor norteamericano? Muchos errores hay hoy día ciertamente: el racionalismo, el materialismo, el escepticismo... pero ¿cuándo no ha tenido que luchar con errores la Iglesia de Dios? Algo más combatida que hoy se vió por ejemplo, en tiempo del arrianismo, cuando según expresión de San Jerónimo, *el universo entero gimió viéndose arriano*. Y ya del arrianismo ¿qué nos queda? Lo que nos quedará mañana de los errores que andan en boga hoy día. Cuando el siglo XIX sea uno de tantos siglos de la antigüedad y sus errores hayan pasado de moda, dirán parafraseando á San Jerónimo las futuras generaciones: «Gimió el universo viéndose materialista, gimió el universo viéndose racionalista, gimió el universo viéndose escéptico y ateo... y el materialismo, y el racionalismo, y el escepticismo sucumbieron, y la Iglesia de Jesucristo permanece en pie.»

¿Y estas son las crisis que el escritor norteamericano nos profetiza? ¿Este es después de tantos trabajos el parto de su vigorosa inteligencia anglosajona? ¡Ah, Señores, para tales partos y tales profecías, no creo que se necesite ser anglosajón ni norteamericano!

¡Cuánto más lógico fuera discurrir de este otro modo con el ilustre Macaulay, escritor protestante, y

como tal, nada sospechoso de catolicismo, mas al fin escritor serio, imparcial y sensato: «Ningún signo indica que se halle cercano el fin de tan prolongada soberanía (la de los pontífices de Roma); y así como ha visto el principio de todos los establecimientos eclesiásticos que hoy existen, ¿quién sabe si no está destinada á ver también su fin? Si era grande y respetada ántes de que los sajones hubieran pisado las playas de Inglaterra, ántes de que los franceses hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega estaba floreciente aún en Antioquía, cuando los ídolos recibían culto en el templo de la Meca; bien puede continuar siendo grande y respetada, cuando los viajeros de Nueva Zelanda se detengan en medio de vasta soledad, y apoyados en los arcos rotos del puente de Londres, dibujen las ruinas de la catedral de San Pablo.»

Esto dice, Señores, un protestante; un hombre que no ve en el Pontificado católico más que una obra puramente humana, por añadidura, contraria á la razón y al evangelio, según confiesa él mismo poco después, «con admiración y con pena.» Pues ¿qué diremos nosotros, que gracias á la fe, vemos en la Iglesia el verdadero Reino de Jesucristo, por quien el mismo Jesucristo ha prometido velar hasta el fin del mundo? Nosotros, nos reiremos de la necedad de los impíos, cuando nos vengán anunciando *inminentes crisis*, ó prometiendo *aplantar al infame*, ó *dejar á Dios divertido*. Nosotros, aunque veamos al Papa preso ó desterrado y oigamos decir á sus enemigos lo que decían en tiempo de Pío VI: «Católicos, guar-

dad bien á vuestro Papa, y si se muere, embalsamadle, porque es el último que os queda;» profetizad, les diremos, cuanto queráis; que ya sabemos cómo se cumplen vuestras profecías. Nosotros, cuando veamos caer las dinastías y derrumbarse los imperios, podremos exclamar: No hay en el mundo imperio, fuera de la Iglesia, que haya durado veinte siglos, ni hay dinastía, si no es la de los Papas, que haya contado 263 soberanos. Nosotros, si viéramos llegar los días de la persecución, y contempláramos proscritas las órdenes religiosas, y extinguida una y mil veces la Compañía de Jesús, responderíamos á los gritos de triunfo de la impiedad: Sean proscritas las órdenes religiosas, muera si es preciso la Compañía de Jesús; la Iglesia no morirá! Nosotros no profetizamos paces, sino luchas y victorias; el tiempo futuro será para la Iglesia tiempo de persecución, lo mismo que el pasado; y no por eso creemos estar en vísperas de crisis; antes al contrario, si algún día la Iglesia llegare á tener paz con sus enemigos, entonces sería de temer la crisis verdadera. Se levantará tal vez un nuevo Nerón, y sucumbirá; se levantará un nuevo Arrio, y sucumbirá; se levantará un nuevo Lutero, y sucumbirá; se levantará un nuevo Voltaire, y sucumbirá; se levantarán estos y todos los enemigos de la Iglesia juntos, cuando se levante el Antecristo; y todos ellos, con el Antecristo á la cabeza, sucumbirán; mientras que la Iglesia, el Reino de Jesucristo, incólume de los ataques de todos sus enemigos, solo sucumbirá cuando sucumba el mundo.

Pero ¿qué es lo que digo? ¡Cuando sucumba el

mundo? Precisamente entonces será cuando la esposa de Cristo se levante más vigorosa y espléndida, convertida de Iglesia militante en Iglesia triunfante é inmortal. Aquel, Señores, será el día del verdadero triunfo de Jesucristo. Vosotros y yo lo hemos de presenciar con nuestros propios ojos.

Allí aparecerán los soberbios enemigos de la Iglesia, rugiendo desesperados bajo las plantas del Rey de las victorias; allí, los que se opusieron á las conquistas de Cristo; allí, los sabios anticristianos; allí, los malos y los que llamaron locos á los buenos; allí, los perseguidores y opresores de la Iglesia católica; allí, toda la hez del mundo se aglomerará consternada, y exclamará viendo á los buenos levantarse por el aire, llenos de gloria y resplandor: «Estos son aquellos á quienes despreciamos y perseguimos; miradlos hoy colocados entre los hijos de Dios.» Y los hijos de Dios, después de ver á la muchedumbre precita hundirse en los abismos bajo el peso de la eterna maldición, volverán sus ojos al Rey inmortal de los siglos, y elevarán en su honor el canto de victoria más sublime que escucharon jamás los cielos y la tierra.

¡Nobilísima y bienaventurada comitiva, Señores! ¡Dichosos de nosotros, si nos halláremos formando parte de ella! Allí estaremos con esos apóstoles, con esos mártires, con esos doctores, con esas vírgenes, con todos esos buenos y esos sabios de Cristo, á quienes habéis admirado y aplaudido en los anteriores discursos. Con ellos subiremos gloriosos á nuestra verdadera patria, donde asentará su trono Jesucristo,

para dar principio á aquel reinado de paz y bienandanza que nunca tendrá fin.

Entonces sí que veremos claramente la necedad de los impíos, que tantas veces nos profetizaron la ruina de la Iglesia. Entonces sí que brillará en todo su esplendor la verdad de la promesa de Cristo, que en lo más vivo de la persecución nos aseguraba: «¡No prevalecerán!» Y entonces sí que exclamaremos mucho mejor de lo que ahora pudiéramos hacerlo para remate de toda esta academia: ¡Gloria al Rey de las conquistas! ¡Gloria al Rey de las ciencias! ¡Gloria al Rey de las virtudes! ¡Gloria al Rey de las victorias! ¡Gloria y honor para siempre á Jesucristo Rey!

